

Carta de Nuestro Obispo



Adorar a Aquel que nos amó primero

Jesucristo entregó su vida en la cruz por la salvación de todos los hombres. Su acto supremo de amor quedó expresado en la donación total de su vida; y expiró ofreciendo su último aliento vital al Padre: «Padre, en tus manos pongo mi espíritu» (Le 23, 56). Esta conmovedora y profunda escena evangélica da pie al nombre de vuestra Hermandad.

«Tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo único, para que no perezca ninguno de los que creen en él, sino que tengan vida eterna. Porque Dios no mandó a su hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo se salve por él » (Jn 3,16-17). Fue Dios quien tomó la iniciativa en esta historia de amor entre Dios y el hombre; fue Él quien salió a nuestro encuentro y deseó unirse a nosotros.

Esta presencia real de Dios en nuestras vidas se realiza en la Eucaristía: misterio del amor del Dios trino que se acerca al hombre. Esta presencia divina se prolonga en la adoración eucarística, que es, como dice el Papa Benedicto XVI en la exhortación apostólica postsinodal

“Sacramentum caritatis”, «la continuación obvia de la celebración eucarística, la cual es en sí misma el acto más grande de adoración de la Iglesia» (n. 66)

Ante la presencia real eucarística del Señor sólo cabe hincar nuestras rodillas y postrarnos ante Dios, respondiendo con amor y adoración a Aquel que nos ha amado primero y de manera gratuita. La adoración al Santísimo Sacramento es un acto de amor y gratitud; es nuestra respuesta de amor a Dios, que da el primer paso y se entrega por amor gratuitamente. El hombre responde desde su pequenez, con amor limitado, pero con el convencimiento que está ante el Señor de su vida.

Pero quien no ha descubierto que Dios es amor no puede adorarlo plenamente; pues la adoración eucarística es un diálogo amoroso entre Dios y el adorador, donde en muchas ocasiones sobran las palabras. Como decía San Juan María Vianney, hablando de su experiencia de oración: «yo le miro y Él me mira»; es decir, la adoración se convierte en un intercambio de miradas amorosas.

De este encuentro personal con el Señor, presente en el Santísimo

Sacramento surge una respuesta de amor, ya no sólo al Dios, Señor de mi vida, sino al prójimo, en quién Dios también está presente. De un encuentro de amor se irradia siempre más amor; un amor que se expande e inunda todo alrededor. «La adoración fuera de la santa Misa prolonga e intensifica lo acontecido en la misma celebración litúrgica. En efecto, sólo en la adoración puede madurar una acogida profunda y verdadera. Y precisamente en este acto personal de encuentro con el Señor madura luego también la misión social contenida en la Eucaristía y que quiere romper las barreras no sólo entre el Señor y nosotros, sino también y sobre todo las barreras que nos separan a los unos de los otros» (Sacramentum caritatis, 66).

Especialmente, en este Año Sacerdotal, quiero unirme a la intención del Papa y «deseo animar a las asociaciones de fieles, así como a las Cofradías, que tienen la práctica de la adoración eucarística como un compromiso especial, siendo así fermento de contemplación para toda la Iglesia y llamada a la centralidad de Cristo para la vida de los individuos y de las comunidades» (Ibid., 67).

Invito también a reavivar las

celebraciones de adoración de los “jueves sacerdotales”, que en muchas lugares ya se hace, y tengan una oración especial por nuestros sacerdotes y pastores, para que, como recomendaba sabiamente el Beato Manuel González obtengan la sabiduría de Dios: «¡Si supieras, sacerdote querido, la diferencia que hay entre sabios de biblioteca y sabios de Sagrario!».

Adorar es responder con amor a Aquel que nos amó primero, tal y como hizo la Santísima Virgen, quien supo desde el primer momento reconocer al Dios de su vida y exclamar: «He aquí la esclava del Señor» (Le 1, 38). Desde esta actitud de humildad, agradezcamos a Dios las maravillas que ha obrado a través de Ella (cf. Magnificat). Y, de desde esta experiencia de amor y agradecimiento fiel, acompañemos al Señor hasta los pies de la cruz, para poder proclamar luego la gran noticia de su Resurrección.

+ Jesús Cátala
Obispo de Málaga